

COMENTARIOS

NADA DE PARTIDO NACIONAL

DEBAJO DE ESTA DENOMINACION SE ENCIERRA UN ENGAÑO

Pues bien; no, señor mío; las razones que usted en su misiva me expone no me convencen; no pueden convencerme. Y como puede haber otros ciudadanos que de buena fe, de tan buena fe como usted, sientan como usted siente, quiero contestarle en público.

No; ni hace falta la formación de un partido nacional ni entiendo que pueda ser eso. En política, se entiende. Y a los pueblos no puede gobernarseles, ni bien ni mal, sin política.

Política quiere decir civilidad, y un partido nacional, tal y como usted quiere entenderlo—y digo quiere porque, en rigor, ni usted lo entiende—no sería un partido civil en el más noble y alto sentido de esta palabra. Y menos mal si no era un partido incivil.

Lo de partido nacional es políticamente tan absurdo entre nosotros como lo de partido católico. A nombre de catolicismo, de religiosidad católica, no se le puede imponer a nadie que sea monárquico o republicano, unitario o federal, proteccionista o libre-cambista, partidario de la docencia del Estado o de la enseñanza privada, socialista o individualista... y así con otras distinciones políticas que son esenciales para un partido. Y lo mismo ocurre si queremos tomar partido en esas y otras cuestiones políticas, en las esenciales, a nombre de la nacionalidad o del patriotismo. No; no hay una solución que pueda pretender ser más patriótica que otras.

Tomemos el problema de Marruecos. Usted pensará en él de un modo; yo de otro, y el de más allá de otro; quién por el puro protectorado civil, quién por el coloniaje, quién por la conquista asimilatoria, quién por el abandono total o parcial; pero ninguna de esas soluciones puede pretender ser más patriótica o más nacional que la otra.

Como tampoco a nombre de patriotismo se puede, fuera de partido, imponer el sufragio universal o el restringido, el voto de las mujeres o el de los analfabetos o el quitárselo, la representación por clases u otro arbitrio. Que no todos los patriotas estamos conformes en éstas y otras cosas, y el que discrepa de mí lo hace tan por patriotismo como yo al discrepar de él. Eso es política, y la política no puede hacerse sino a nombre de un partido político. Y el patriotismo no es política, como la inteligencia no es, sin más, ciencia.

El patriotismo no tiene contenido doctrinal para formar un partido político, de gobierno; el patriotismo debe informar, y en rigor informa, a todos los partidos, hasta a los más opuestos. Los que el ex kaiser Guillermo II de Alemania llamaba los "sin patria" eran tan patriotas como él. Y hay quien cree que más que él, pues que no identificaban la patria con su interés de familia y de persona.

¿La unión sagrada? Si; en momentos de guerra con el extranjero, cuando el suelo patrio se ve invadido por el enemigo de fuera; pero contra otros adversarios—que no enemigos—no cabe unión sagrada. Por algo a la lucha de los partidos de un pueblo, cuando llega a cierto paroxismo, se le llama guerra civil. Soy liberal, y sin embargo, jamás se me ha ocurrido poner en duda el patriotismo español de los carlistas que guerrearon de 1833 a 1840 y de 1873 a 1876.

Ni ese partido nacional en que usted sueña resolvería nada ni reconstruiría nada. Que no hay mayor vacuidad política que la de una agrupación de patriotas de buena voluntad. Estamos hartos de repetir que la buena voluntad no basta para gobernar. Y en cuanto esa buena voluntad se sirve de una idea, esta idea es una idea política y de partido.

¿Unión sagrada? Unión sagrada hubo en España después del 2 de mayo de 1808, cuando la invasión napoleónica. Uniéronse los constitucionales y los absolutistas para rechazar al extranjero invasor; uniéronse los que luego habían de luchar entre sí en la guerra civil. Y debieron haberse unido en 1823, cuando los soldados extranjeros, invasores, del duque de Angulema, entraron en España a imponer un régimen. Que era tan imposición como la de la realeza de José Bonaparte. Pero los que estimaron an-

tipatriotas a los españoles que se pusieron al servicio del rey José creían muy patriotas a los que acudieron al ejército francés para imponer el absolutismo del rey Fernando, para derrocar la Constitución. Y tan extranjeros eran los soldados de la Santa Alianza como lo habían sido los de la Revolución; tan extranjeras e intrusas e invasoras eran las huestes de Luis XVIII, el Borbón de Francia en 1823, que venía a ayudar a su primo y a no servir a España, como lo habían sido las del emperador de la República francesa, la de la gran Revolución, en 1808.

No, no; nada de Gobiernos nacionales. Debajo de esta denominación se encierra un engaño. Que no es sólo la vacuidad de contenido político, gubernamental; es algo peor. Nada de monopolio del patriotismo ni de ortodoxia de él. Por patriotismo, por patriotismo civil y consciente, queremos política. Y que los que no tengan más que buena voluntad se arrinconen. La voluntad, aunque sea buena, sin doctrina política, hace daño.

MIGUEL DE UNAMUNO

